

caballería, bien equipados, observaba los movimientos de Mina.

Así había completado el enemigo, con mucho trabajo y habilidad, una línea de ataque que amenazaba las obras de Los Remedios. Ya hemos dado una idea de las defensas del fuerte, las cuales se perfeccionaban y aumentaban cada día, con el trabajo de los paisanos y la inteligencia de los oficiales que Mina había dejado en la plaza.

Mina pasó de Tlachiquera al punto en que se había acantonado D. Encarnación Ortiz, donde se reforzó considerablemente, tomando bajo sus órdenes doscientos y cincuenta hombres de la caballería de aquel jefe. Inmediatamente después se puso en movimiento, con el objeto de cortar la línea de comunicación del enemigo, entre la ciudad de Méjico y las provincias del Norte. Pensaba destruir las fortificaciones de aquel camino, para privar a los convoyes de apoyos tan útiles y dejarlos espuestos a las incursiones de los patriotas de Xalpa, que estaban reunidos en cuerpos formidables en las cercanías de Querétaro. De este modo era muy difícil aprovisionar el cuerpo que sitiaba a Los Remedios.

Mina se adelantó rápidamente la primera noche de su marcha, y al rayar el siguiente día llegó a una hacienda fortificada, llamada Biscocho. Sus defensas eran de poca importancia. La guarnición se apoderó de la iglesia, y desde el techo y campanario hacía fuego a los sitiadores. Mina les intimó que se rindiesen inmediatamente, y habiéndose negado a ello los realistas, la plaza fue atacada y rendida después de una pequeña resistencia. La guarnición cayó prisionera, excepto el comandante que tubo la prudencia de echar a correr cuando se divisaron las tropas de Mina. La memoria de las crueldades del Sombrero, los clamores de los compañeros de Mina que habían sobrevi-

vido a la catástrofe y la rabia que manifestó toda la división al ver de cerca a los enemigos vencieron el ánimo del general, y por primera vez dió oídos a la voz de la venganza. Treinta y un hombres de la guarnición fueron pasados por las armas. Pocos días antes, el general y sus tropas hubieran mirado con horror este sacrificio; pero en aquellas circunstancias pareció necesario. Para evitar nuevas atrocidades era preciso castigar las cometidas. Mina, sin embargo, detestaba este espíritu vindicativo, y la ocasión que acabamos de indicar, fue la única en que se le puede echar en cara una severidad excesiva.

Después de haber puesto fuego a la hacienda, para evitar que el enemigo la ocupase de nuevo, y de apoderarse del ganado, el general continuó su marcha el día siguiente a San Luis de La Paz, pueblo de alguna importancia situado a catorce leguas al Este de Guanajuato. San Luis de La Paz había padecido mucho durante la revolución, y muchos de sus principales edificios estaban arruinados. Ocupaba el pueblo un destacamento de las tropas enemigas, compuesto de cien hombres de infantería, a que se habían agregado algunos habitantes. Al acercarse Mina, el enemigo reparó las fortificaciones y se preparó a la defensa. La iglesia, la casa del cura que estaba contigua y el cementerio, eran los puntos más fuertes. Las disposiciones que se habían tomado protegían a la guarnición y le facilitaban los medios de hacer mucho daño a los sitiadores.

Suponiendo que Mina sería rechazado tan fácilmente como los otros jefes patriotas que habían atacado la plaza antes que él, la guarnición no había tenido la precaución de encerrar víveres. El agua se sacaba de una fuente que había en casa del cura. La plaza no hubiera podido ser defendida contra tropas organizadas, y si hubiera tenido consigo a los extranjeros que lo acompañaron al principio de su expedición, pocos minutos le hubieran bastado para

apoderarse de ella. Pero los patriotas, que con tanto brio se portan en las llanuras, no sirven para atacar puntos fortificados.

El general intimó la rendicion al comandante. Habiendose negado a ello Mina rodeó la plaza, en terminos que no podia salir de ella un hombre de la guarnicion. Determinó hacer una tentativa de asalto, facilitandolo las ruinas que estaban cerca de los muros; hizo para ello las disposiciones necesarias, pero mui en breve echó de ver que no podia contar con los soldados para aquella operacion. En vano quiso formar un cuerpo cerrado; en breve se dispersaban, y volvian atras cuando empezaba el fuego del enemigo. Hubo algunos oficiales y soldados que se avanzaron con intrepidez, mas no estando sostenidos, perdieron inutilmente la vida. El general sintió mucho este contratiempo y resolvió reducir la plaza por hambre, si no podia de otro modo. De cuando en cuando los patriotas querian renovar el ataque, y el general, incitado por estas pruebas de zelo, se ponía a su cabeza; pero todo era en vano: siempre volvian atras en el momento critico en que mas necesarias eran la serenidad y la firmeza. Pensaronse diferentes arbitrios para destruir un puente levadizo en que el enemigo tenia toda su confianza, mas no habia quien los pusiese en egecucion. Se prepararon haces de leña para quemarlo desde el foso, pero los pocos que llevaron a aquel punto algunos valientes voluntarios, no eran suficientes para terminar la operacion. El puente estaba suspenso con fuertes correas, y se trató de cortarlas, para lo cual se hicieron varias inutilés tentativas. En uno de los momentos en que la tropa parecia animada y dispuesta a dar un golpe decisivo, Mina mandó a una partida bajo las ordenes del capitan Perrier que atacase la plaza. Este valiente oficial no halló dificultad en escalar el muro, y suponiendo que sus tropas lo seguirian se adelantó con de-

nuedo y se acercó al enemigo: mas al volver la cara, se vió solo y abandonado en un momento en que la victoria hubiera sido facil. Perrier pudo escapar con gran dificultad y fué gravemente herido.

Despues de haber gastado cuatro dias en estas inutilés tentativas de asalto, trató de formar un camino cubierto de las ruinas de las casas al puente levadizo. Lo consiguió y cortó el puente. La guarnicion cedió sin mas resistencia y pidiendo cuartel. Todavía estaban frescos los recuerdos del Sombrero en la memoria de las tropas, en terminos que pedían venganza recordando al general la promesa que les habia hecho de no dejar con vida a ningun realista que cayera en sus manos. Pero entonces dió pruebas Mina de su condicion benigna y templada. Intercedió por los vencidos y pudo conseguir que solo muriesen tres de ellos: el comandante de la plaza, el de Biscocho que se habia refugiado alli y un soldado europeo. La mayor parte de los prisioneros se alistaron bajo las banderas de Mina. Los otros fueron puestos en libertad.

Las fortificaciones de San Luis fueron demolidas y el coronel Gonzalez, celebre guerrero de Xalpa, quedó mandando aquel punto y encargado de observar los movimientos del enemigo. Mina se dirigió a San Miguel el Grande, ciudad de mucha importancia, a catorce leguas al Sudeste de Guanajuato. Mientras se estaba preparando para tomarla, no contando con hallar ninguna dificultad, supo que un cuerpo enemigo venia a defenderla. Entonces creyó conveniente recoger sus tropas y retirarse, y conoció el daño que le habia hecho su detencion en San Luis de la Paz. Si hubiera llegado tres dias antes a San Miguel el Grande, hubiera podido apoderarse del pueblo sin el menor ostaculo. Alli abundaban los recursos de toda clase y desde aquel punto se hubiera podido llevar a cabo la empresa de cortar la cadena de comunicacion del enemigo,

dando un caracter diferente a la guerra. Pero en la que entonces se hacia en aquellos paises, no era extraño que se frustrasen las empresas mejor trazadas.

Obligado a abandonar su proyecto de apoderarse de San Miguel, Mina pasó al valle de Santiago, pueblo de bastante estension, situado en la parte del Sur del rio del mismo nombre, a diez y seis leguas al Sur de Guanajuato, destruido por Torres como ya lo hemos referido y ocupado a la sazón por los patriotas. Cuando Mina entró en el pueblo, lo halló enteramente arruinado; solo quedaban en pie las iglesias. Una poblacion considerable, en la cual habia muchas familias de distincion, habitaba aun esta triste escena, en chozas erigidas en los mismos puntos ocupados antes por hermosos edificios. Los habitantes del Valle de Santiago, animados por su odio a las autoridades españolas, no echaban menos las conveniencias que habian sacrificado a la causa de la libertad. Su patriótico entusiasmo les habia hecho mirar con desprecio todas las proposiciones que los realistas les habian enviado. Su idolo era la independencia de su patria; por lograr este objeto daban por bien venidos sus infortunios, y al fin dieron la ultima prueba de su adhesion a aquella causa, abandonando el sitio de su nacimiento, cuando este cayó en poder de los realistas.

El distrito en que está situado el pueblo, aunque no muy estenso, es de mucho valor por la riqueza del suelo, el mas fecundo quizás de todo el reino. A la sazón, el comercio que allí se hacia era muy importante, en terminos que los ingresos de la comandancia no bajaban de ciento y veinte mil duros. D. Lucas Flores, el comandante, era hombre intrepido y esforzado, y como gefe de guerrilla, se habia distinguido en muchas empresas brillantes. Tal era la educacion que habia recibido, que ni aun sabia firmar su nombre, y tubo que confiar el arreglo de la hacienda, a un

tesorero, cuyo objeto principal fue enriquecerse; así es que las rentas del distrito se disipaban y las cajas publicas estaban siempre vacias.

D. Lucas era uno de los comandantes confederados, a las ordenes de Torres. Cediendo al mal ejemplo que este le daba, se hizo disipado e inactivo, y perdió su popularidad por algunas tropelias que cometió. En su mano estaba si hubiera querido obrar de buena fe con Mina, hacer el servicio mas esencial a la causa comun. Tenia guardadas mas de 1500 armas, de la mejor calidad, que habia tomado al enemigo en diferentes ocasiones; con estos recursos y con los que suministraba la comandancia, no es calculable el daño que hubiera podido hacerse al enemigo. Creemos que era sinceramente adicto a su patria, pero sea por consideraciones con Torres, sea por ignorancia, orgullo, o cualquier otro motivo, lo cierto es que su conducta con Mina no fue franca ni generosa. D. Lucas mandaba un cuerpo de tropas valientes, a las cuales ninguna otra habia excedido en valor, cuando media las armas con la caballeria enemiga. Pero, segun costumbre, la escolta del general, era la unica equipada.

Mina determinó fijar su cuartel general en el Valle de Santiago, por su posicion, por los recursos de toda clase que en el abundan y por la confianza que le inspiraba el patriotismo de sus habitantes. Estos, en efecto, lo habian recibido con las mas cordiales demostraciones de afecto y de entusiasmo, lo condujeron a la iglesia, en medio de un gran concurso, allí se cantó el *Te Deum* y no hubo quien no se enterneciera al fijar los ojos en aquel guerrero ilustre. Las tropas camparon cerca de la ciudad, y recibieron raciones y pagas, suministradas por la comandancia y por los vecinos.

Durante su mansion en aquel punto, Mina trató de disciplinar algun tanto sus tropas: mas los obstaculos que se

le opusieron fueron insuperables. Luchar con ellos, hubiera sido esponerse a las consecuencias mas fatales. Resolvió, pues, hacer el mejor uso posible de los recursos de que podia disponer, y esperar que el tiempo y las circunstancias acarreasen las innovaciones que por entonces no se podian introducir sin graves inconvenientes y peligros. Creia que llegaria con mas facilidad a este resultado, si conseguia obligar el egercito realista a levantar el sitio de Los Remedios.

En tanto que llegaban los refuerzos que aguardaba, se adelantó con un cuerpo escogido de tropas a atacar una hacienda fortificada, llamada La Sanja, que distaba pocas leguas del Valle de Santiago. La posicion era fuerte, y como la hacienda estaba en un bajo, el terreno circunvecino podia ser inundado con facilidad. Ademas la casa estaba rodeada de muchos y profundos fosos. Estas dificultades no podian vencerse por tropas que carecian de esperiencia. Se trató de dar un asalto, mas no pudo tener efecto: por tanto, retrocedió al Valle de Santiago.

Despues de su vuelta, hizo espedir ordenes a los comandantes de las cercanias, para que empleasen todo su conato en cortar la comunicacion del camino de Los Remedios, por ser esta la medida mas eficaz que podia emplearse para incomodar al enemigo. Habiendo recibido un pequeño refuerzo de tropas, marchó con cerca de 1000 hombres de caballeria, y se aproximó al fuerte, para atacar al enemigo en la primera ocasion oportuna que se presentase. Con esta mira, pasó directamente a la hacienda de La Hoya.

El enemigo, cuando tubo noticia de este movimiento, mandó salirle al encuentro a una fuerte division a las ordenes de D. Francisco de Orrantia. El general tomó sus disposiciones para la batalla, pero, hizo un reconocimiento, y viendo que las fuerzas enemigas eran de infanteria y ca-

balleria, consideró que era imprudente aventurar una accion y dispuso la retirada. El enemigo lo persiguió hasta el pie del monte de Guanajuato, donde los patriotas siguieron su modo acostumbrado de eludir al contrario, dividiendose en pequeñas masas, y siguiendo cada una diferente camino. El general, con una partida poco numerosa, estuvo escaramuzeando con los realistas, hasta que estos entraron en la ciudad de Trapatu. Entonces volvió al Valle de Santiago, y mandó a los comandantes que reuniesen sus tropas con la mayor celeridad posible. Verificada esta union, marchó a la llanura de Silao, entre la plaza del mismo nombre y Los Remedios, donde lo reforzaron otras divisiones de patriotas. En una de ellas venia D. Pedro Moreno, que habia sido comandante, como ya se ha visto, del fuerte del Sombrero. La fuerza total del egercito mandado por Mina, subia en aquella epoca a 1,100 hombres, muchos de los cuales estaban malisimamente equipados. Amenazó las plazas fortificadas del enemigo, y por medio de sus rapidos e inesperados movimientos, tubo al Bajío continuamente alarmado, evitando que se enviasen provisiones a las tropas que hacian el sitio de Los Remedios. Orrantia, con una division escogida le seguia los pasos, mas no se atrevia a atacarlo. Los realistas, por lo comun, hacian noche en el mismo punto que habian ocupado los patriotas la noche antes.

Mina estaba en intima correspondencia con muchos habitantes de las plazas ocupadas por los realistas. Por este medio supo que los viveres que recibian los sitiadores de Los Remedios salian de Guanajuato, y pensó que la toma de esta ciudad los privaria de este recurso y los obligaria a levantar el sitio. Sabía cun fuertes eran las posiciones de Liñan. Conocia la falta de disciplina de las tropas patriotas, y que la fuerza numerica del enemigo era siete veces mayor que la suya, y compuesta ademas de

veteranos europeos, y de buena caballería del país, la más útil para hacer la guerra en aquel terreno. En virtud de todos estos datos, atacar el campamento de Liñan, situado, como ya hemos visto, en la llanura al pie del monte de Los Remedios, hubiera sido tan temerario, como opuesto a todas las leyes de la guerra. El ataque de las posiciones altas del ejército sitiador, era impracticable, y aunque Mina gustaba de las empresas osadas, era demasiado prudente para empeñarse en las que dejamos indicadas, con las tropas que entonces tenía bajo sus órdenes. Estas y otras consideraciones que tubo presente, lo confirmaron en su resolución y habiendo recibido las noticias más lisongeras de algunos de los principales habitantes de Guanajuato, se decidió a atacar esta plaza.

Mina despachó correos al P. Torres comunicándole sus intenciones: mas este se opuso a su plan y respondió que el único medio de socorrer al fuerte era atacar a los sitiadores. En vano le demostró, con todas las razones que le suministraban sus vastos conocimientos militares y las exactas noticias que tenía del estado del país y de la distribución de las fuerzas enemigas, las ventajas que resultarían a la causa de la independencia mejicana de la toma de un punto tan importante como Guanajuato, y los inconvenientes y desventajas del ataque a los sitiadores cuyas fuerzas eran tan crecidas y cuyas posiciones eran tan inexpugnables; en vano le hizo ver que el único golpe decisivo que se podría dar al partido realista era privarlo de una ciudad tan interesante bajo todos aspectos, y sobre todo, por ser el almacén general de donde los sitiadores de Los Remedios sacaban todos los viveres de que necesitaban para su subsistencia. No pudo conseguir nada del P. Torres, el cual, quitándose enteramente la máscara, no solo continuó desaprobando los planes de Mina, sino que tomó una medida, muy impropia de la armonía que debía reinar entre

dos jefes que defendían la misma causa, y capaz de desanimar para siempre a todo extranjero, amigo de la independencia, que tubiera deseos de ayudar a los patriotas mejicanos en la lucha que estaban sosteniendo. Comunicó órdenes al comandante D. Lucas Flores y a los otros de los distritos circunvecinos, mandándoles poner a la disposición del general Mina las mejores tropas de sus cuerpos respectivos, solamente en el caso de que se determinase a atacar el ejército realista que sitiaba a Los Remedios; y previniéndoles, al mismo tiempo, que para cualquier otra operación que Mina quisiese emprender, solo le suministrasen recursos de poca importancia, dándole las tropas menos disciplinadas y valientes. Mina no esperaba recibir un golpe tan contrario a los intereses generales. Apenas pudo reprimir la indignación que le causaba la conducta del P. Torres; pero, sacrificándolo todo a la causa que había abrazado, consideró no ser aquella ocasión oportuna de dar pábulo a resentimientos ni disturbios. Por tanto, cedió y se resignó a las circunstancias, viendo cuán difícil era resistir a su fuerza imperiosa.

Mina continuó sus operaciones en todo el territorio del Bajío, incomodando al enemigo con sus guerrillas, y de tal modo lo molestó y en tales apuros lo puso, que ya empezaban a desertar sus tropas, en número considerable. Un sargento y dos soldados del regimiento europeo de Fernando VII se presentaron a Mina en la hacienda de Burras, distante cinco leguas de Guanajuato. Por este medio tubo noticias muy exactas de la situación del enemigo. Supo que las tropas realistas habían estado reducidas a mantenerse con trigo verde, del que la caballería podía recoger en los ranchos de las cercanías; que no se daba paga a las tropas y que el descontento era entre ellas general. También le dijeron que muy en breve acudirían más desertores, y que muchos soldados hubieran tomado

aquel partido, si no se lo hubiera estorvado el miedo de morir a manos de otros gefes patriotas antes de incorporarse al cuerpo que Mina mandaba en persona.

Mientras el general practicaba este sistema de hostilidades en el Bajío, el enemigo llevaba vigorosamente adelante el sitio de Los Remedios. Las tropas realistas habian estado trabajando veinte dias en aumentar sus fortificaciones en los puntos por donde temian que Mina los atacase, y de este modo, las lineas del sitio eran cada dia mas formidables.

La guarnicion, al mismo tiempo, no estaba ociosa. La cortina, si puede darse este nombre a tan imperfecta linea de defensa, y las obras que mediaban entre los puntos de Santa Rosalia, y Tepeaca, se concluyeron bajo la direccion de los oficiales que Mina habia dejado en la plaza y que habian pertenecido a su primera expedicion. A estos y a sus continuos trabajos, era deudor el P. Torres del estado de defensa en que se puso el fuerte, en terminos de poder hacer una tenaz resistencia a tropas tan superiores en numero como en disciplina, y que ademas contaban con tanta artilleria.

Desde las alturas opuestas, y situadas a tiro de fusil de los muros de Los Remedios, los soldados realistas solian conversar con los patriotas, a quienes decian que no tardarian en tomar posesion del fuerte, el cual tendria que ceder al primer asalto que se le diese. El 20 de Setiembre, los sitiadores se aproximaron divididos en tres columnas y asaltaron el fuerte, por los puntos de Pansacola y Tepeaca, dirigiendo sus principales esfuerzos, contra una parte de la cortina que aun no estaba concluida. Tampoco lo estaba la bateria de La Libertad, planteada por Mina y en la cual habian trabajado despues sus oficiales. Las tres columnas avanzaron a los puntos indicados y a la abertura de la cortina con admirable orden: pero fueron recibidos como

seguramente no lo aguardaban. Despues de haber estado combatiendo tenazmente durante tres horas, conociendo ya que eran vanos los esfuerzos que hacian para apoderarse del fuerte, las tropas enemigas se retiraron con perdida mui considerable. Liñan, frustradas sus esperanzas de tomar por asalto la plaza de Los Remedios, determinó abrir una mina debajo del fuerte de Tepeaca. Tambien le salió mal esta empresa, y dos veces emprendió en vano destruir, por esplosion, aquella bateria. Si hubiera realizado su objeto, el fuerte hubiera cedido inevitablemente, siendo Tepeaca la llave de toda la fortificacion. Mas los ingenieros que Liñan empleó en esta operacion, no debian de ser mui diestros en su arma, puesto que, al reventar la mina, la esplosion salia siempre por la boca, matando e hiriendo muchos minadores. Estas circunstancias y las frecuentes salidas de la guarnicion contra los que se empleaban en la mina, obligaron al enemigo a desistir de su empeño.

Entretanto se habian alzado nuevas baterias enfrente de La Libertad. Desde ellas rompió el enemigo un fuego continuado que hizo considerable daño a la cortina y en general a toda la linea de defensa. Como todas las tentativas de Liñan para destruir a Tepeaca habian salido vanas, proyectó dar otro asalto. Habiendo logrado abrir brecha en un punto de la cortina, debajo del fuerte de Santa Rosalia, el enemigo se dispuso a atacar por aquel lado, haciendo al mismo tiempo diversiones bien dirigidas por Pansacola y Tepeaca. Conocido mui en breve el designio de los sitiadores, se quitó el cañon de Santa Rosalia y se colocó en la brecha, sostenido por la infanteria y por los paisanos armados. Una fuerte columna de infanteria europea se dirigió entonces a la brecha, cubierta por la artilleria de la linea del sitio, y se adelantó intrepidamente, hasta ponerse a pocos pasos de distancia de aquel